



¿Mueren los poetas?

Este año ha sido doloroso para las letras chilenas. Primero falleció trágicamente Eduardo Anguita en la madrugada del 12 de agosto. El jueves 22 de octubre, se apagó la vida de Humberto Díaz-Casánueva. Ambos eran Premios Nacionales de Literatura, el máximo reconocimiento que nuestro país hace a quienes han dedicado la vida entera a crear belleza con la palabra. Belleza de forma y profundidad de pensamiento, habría que agregar. Porque es posible que un poeta nos entregue musicalidad expresiva, saturando el aire con suaves entonaciones, emocionándonos sin hacernos reflexionar. En cambio, los dos que recordamos, a un hermoso lenguaje lo impregnaron de vigor conceptual.

Tuvimos el privilegio de conocerlos. A Eduardo Anguita haciendo piruetas verbales en casa de Vicente Huidobro y después escribiendo irreverencias simpáticas en las revistas del grupo Mandrágora. Una de ellas era: "en el país de los ciegos los D'Halmes comen rosas". Era una juventud insolente y a la vez respetuosa, aunque pareciera contradictorio. Hacía bromas sin desconocer el valor de los que realmente valían.

En sus funerales Volodia Teitelboim dijo que Anguita "está todavía en la sombra, porque pertenece a la literatura bajo el agua, la más profunda. Él en la muerte continúa vivo". Y Enrique Lafourcade comentó: "Deja algunos de los más bellos versos de poesía religiosa jamás escritos".

A Humberto Díaz-Casánueva lo entrevistamos a su regreso de Alemania donde se había doctorado en filosofía en la Universidad de Jena, con una tesis sobre Ortega y Gasset. Nació

momento le editó "Vigilia por dentro" y "El blasfemo coronado", libros que provocaron conmoción en su tiempo. Lo tildaron de "poeta hermético". Era un lenguaje diferente al suyo, ni de Huidobro ni de Neruda, los dos gurús contra los cuales acometía Pablo de Rokha llamando al primero don Vicente García Huidobro y Fernández, vinicultor; y "eres tan Nefelí, eres tan de Temuco", al segundo.

Se presentó de repente como un nuevo maestro que dejaba atrás la retórica convencional con sus poemas existenciales donde planteaba las angustias del Ser y la Nada. Por algo había sido discípulo de Heidegger, que también inspiró a Sartre para su existencialismo de corta duración. Su poema "Requiem", escrito en Canadá al saber la muerte de su madre, quedará como un documento imperecedero, de conmovedora resonancia. El comentario de Gabriela Mistral al leerlo fue: "Momento de gracia pura, conciencia viril que grita su dolor".

Son dos grandes pérdidas. Pero ¿mueren realmente los poetas? Mientras sigan vibrando sus versos a través del tiempo estarán acompañándonos. Gonzalo de Berceo es el primer poeta castellano conocido y, a ochocientos años de distancia, sus estrofas en cuaderna vía mantienen su frescura, como los madrigales de Gutierre de Cetina, los deliquios amorosos de Petrarca o de Góngora quien comentaba "a batallas de amor, campos de plumas". El mismo Ercilla en su relato épico glorificaba al pueblo anticano. Los poetas siguen viviendo en su poesía, atravesando los siglos, más allá del tiempo y del espacio.

Tito Castillo

el Sur, Concepción, 2-XI-1992 p. 7.

AUTORÍA

T. C

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mueren los poetas? [artículo] T. C.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile